



## JOSÉ SILBERSTEIN

El Dr. José Silberstein fue profesor de la cátedra de Clínica Médica hasta el momento de su muerte en 1967, a los 64 años. Fue así, no sólo el primero de los clínicos evocados en esta disertación que desapareció físicamente, sino, además, quien tendría una muerte más temprana.

Lo más remarcable de sus rasgos físicos era su rostro. Pálido, de nariz aguileña, su mirada aguda y penetrante le daba ese aspecto vigilante, orgulloso y señorial que solemos asociar con el águila. La enfermedad que lo agobió en los últimos años había desarrollado su tórax en sentido sagital dándole una semejanza aún mayor con el ave. Notablemente, este aspecto físico señala el rasgo más distintivo de su personalidad: su rápida, aguda inteligencia.

Asistimos a muchas clases de Silberstein como estudiantes. Sentado en su escritorio, con el aire de estar cumpliendo una obligación no demasiado grata (su enfermedad ya estaba presente por entonces, y comenzaba a fatigarlo), construía sus lecciones con magistral facilidad. Era notoria cierta improvisación. Sus clases surgían de forma espontánea de la experiencia sumada a la inteligencia. Era imposible no advertir que había en él mucho de lo que no puede sino ser denominado *cancha*. Pero como era hombre incisivo, de temperamento recio, solía entusiasmarse siguiendo algún pensamiento y, entonces, ocurría el momento más valioso de la lección.

Ya por entonces, Silberstein se había hecho menos afecto a la rutina de los pasajes de sala y se había colocado en el papel más natural de consultor. Su *staff* lo llamaba cuando era necesario o para interesarlo en casos fuera de lo común. En esas ocasiones, era puntilloso y se tomaba todo el tiempo del mundo. Concienzudamente, no dejaba piedra sin dar vuelta, y por lo general su intervención era útil, atingente y muy distinguida. Era evidente un factor de orgullo personal; se advertía que estaba poniendo en juego todas sus fuerzas con la sensación de estar arriesgando su prestigio personal.

Como médico, Silberstein reunía las condiciones más idóneas para llevar su práctica al más alto nivel de excelencia. Jerarquizaba la semiología sin desdeñar los métodos más modernos, y comprendía la necesidad de un acabado conocimiento fisiopatológico como un modo de conocimiento profundo de las enfermedades y de los progresos científicos. Como todo clínico de una época en que las incógnitas diagnósticas eran más frecuentes que en la actualidad, confiaba finalmente en su experiencia y en la clínica más que en los métodos complementarios. Con su facilidad para algunas frases felices, decía que si el laboratorio y la clínica no coincidían, peor para el laboratorio. Había aquí, detrás de la justa aseveración, un atisbo de narcisismo, pues se sentía que cuando hablaba de *la clínica* se estaba refiriendo principalmente a él mismo. El verdadero maestro se veía, en cambio, cuando predicaba la necesidad de pensar siempre en lo más simple y frecuente, y no en diagnósticos sofisticados. Tenía, en estos momentos, expresiones inolvidables como la de “la medicina café con leche” o la de “la medicina a lo Sancho Panza”, expresiones que destacaban las virtudes del razonamiento con los pies en la tierra.

Pueden quedar aquí registrados dos momentos breves en la actuación médica de Silberstein que son ilustrativos de sus mejores virtudes. El primero es, nuevamente, un ejercicio clínico-patológico. Esta vez, había sido el entonces profesor de Anatomía Patológica —el Dr. Juan Picena— quien había intentado poner en práctica estas reuniones. Es habitual que los patólogos organicen estos acontecimientos puesto que son ellos los que, en la mesa de necropsia o bajo el microscopio, confirman o refutan los diagnósticos que hacemos los clínicos. Esta potestad de tener siempre la mano triunfadora —lo que los ingleses llaman *the upper hand*— les confiere a veces un innecesario dejo de superioridad. Picena, conocido por su punzante ironía, a veces redondamente burlona, le propuso a

Silberstein que discutiera el caso, pues había sido tratado en su sala. Ignoro con qué grado de buena voluntad, Silberstein aceptó lo que sabía iba a ser un examen a los sesenta años. Subió las escaleras hacia Anatomía Patológica y enfrentó un aula llena de bote en bote. Luego discutió el caso durante una hora, con humor no exento de ironía, con oficio de disertante experimentado y con la sabiduría de un gran clínico. Hizo un diagnóstico a lo Sancho Panza y acertó. Pero, durante esa hora, llegó a doler por momentos, y a llenar de la más encendida admiración siempre, el verlo transpirar, agitarse, detenerse con disimulo para buscar aire y, como dijo en un momento, “exprimir sus suprarrenales”. Al final, Picena, en una muestra de afecto poco usual, le dijo familiarmente: “estuviste bien, Pepito”. Fue, sin duda, un gran momento de Silberstein, quien, fiel a sus principios, resistió la tentación de hacer gala de erudición y razonó como aconsejaba hacerlo a sus alumnos.

En otra ocasión, no mucho antes de su muerte, fue llamado por el Dr. David Staffieri para que encabezara el equipo médico que atendía una misteriosa enfermedad febril de su hijo Juan José. Se trataba de una enorme responsabilidad. Había en la familia Staffieri una natural ansiedad por el caso, en especial por la falta de diagnóstico. Silberstein, que en todo momento llamaba maestro a Staffieri, con un respeto que pocas veces manifestaba hacia otros, se hizo cargo de la situación casi con devoción. Visitaba al enfermo todos los días y lo examinaba prolijamente como si fuera la primera vez. Contuvo las ansiedades familiares, coordinó las opiniones del grupo de colegas a cargo y desoyó la de los oficiosos que en tales ocasiones nunca faltan y torturan a los médicos actuantes con opiniones no solicitadas. Por fin, todo se resolvió de la mejor manera. Silberstein demostró cómo la conducción de un caso complejo va más allá del diagnóstico, y precisa de una mente totalizadora y lúcida, de un carácter firme y estable.

La inmediata comprensión de los problemas, característica de los grandes médicos, excedía en Silberstein lo puramente médico. Su lógica impecable parecía inmovilizar a los demás con su potencia. Sumada a su fuerte personalidad, él todo irradiaba autoridad. Era, sin duda, alguien con quien no se

jugaba, alguien no demasiado tolerante, en especial con los necios. No era la suya la personalidad benigna de Martínez; era orgulloso y podía agredir si las cosas no le gustaban; era respetado pero también temido. Esto, y cierto aire de frialdad, de individuo poco emocionable, parecía distanciarlo de los demás.

Preferimos recordar a Silberstein, sin embargo, en un momento particularmente emotivo que se remonta a nuestra época de estudiantes, cuando lo conocimos. Se llevaba a cabo una reunión en la vieja sala del Círculo Médico. Silberstein era entonces Presidente de la institución, que vivía un momento brillante debido al penoso alejamiento en masa de la mayoría de los docentes de la Facultad ocurrido en la época del gobierno peronista. La reunión se debía a que un profesor francés –Worms– dictaba una conferencia. La concurrencia era enorme. Silberstein presentó al invitado, y al hacerlo, su tono fue subiendo, y de una presentación formal, sus palabras se convirtieron en una vital arenga al recordar que ese hombre venía de la cuna de la libertad. Con su rostro encendido, casi vociferante, criticó la situación del país y de la Universidad con palabras apasionadas que transparentaban profundas emociones. Luego, con dedo acusador, señaló a dos desconocidos sentados en el fondo de la sala –lápiz en mano–, al parecer, agentes de civil destacados para controlar el evento, y fustigó en ellos la situación. En aquellos días en que se ignoraba todavía el futuro ingrato que aguardaba a la Universidad, el silencio de los grandes maestros obligados a alejarse de sus cátedras era vivido con profundo dolor; se comprende entonces que el estallido emocional de Silberstein y su coraje cívico produjeran una salva de aplausos que hizo, por un momento, respirar un aire más puro.

HÉCTOR ALONSO

*Ex-Profesor Titular de Clínica Médica,  
Facultad de Ciencias Médicas, Universidad  
Nacional de Rosario*

Reproducido del libro *Palabras, palabras, palabras sin figuras ni conversaciones* (Corpus; Rosario, 2006) por cortesía del autor.